

José Luis Romero
Latinoamérica: las ciudades y las ideas
Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1999, 532 p.



Instituto de Estudios Políticos
Unidad de Documentación

El libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* tuvo su primera edición hacia 1976 bajo el sello editorial Siglo XXI. La Editorial Universidad de Antioquia decidió publicarlo nuevamente, bajo el cuidado de Juan Guillermo Gómez García, con una presentación que mejora aspectos importantes de las ediciones anteriores, con una lectura del significado de la obra para la historiografía por parte de Rafael Gutiérrez Girardot, con un muy buen índice analítico que permite una mejor utilización de la obra y con la presentación de una extensa bibliografía de José Luis Romero, en la que se dejan ver los múltiples esfuerzos intelectuales de este argentino, cuyo testimonio son más de un centenar de artículos de revistas y una veintena de libros.

El libro es el primero de la colección de Clásicos del Pensamiento

Hispanoamericano que se propone publicar esta editorial. Inaugurar una colección de este tipo con una obra de José Luis Romero comporta un doble acierto. Sin duda, resalta una de las figuras intelectuales más significativas de nuestro continente, no sólo por el aporte a la historia de su país –Argentina– y de latinoamérica, sino por su trabajo destacado en el campo de la historia europea, de la que se apropió creativamente. En uno y otro campo lo animó la necesidad de “comprensión profunda” de una realidad que lo tocaba como individuo, como parte de una comunidad y una cultura, exigiéndole una “vigorosa y ágil captación” de las líneas que dirigían el proceso histórico, para aprehender los rasgos que las vinculaban a las preguntas que le suscitaba su propio tiempo.¹ Fue, pues, la actitud de José Luis Romero

1 José Luis Romero. *Sobre la biografía y la historia*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1945. p. 174.

algo que desbordó la mera preocupación erudita por América o Europa, respondiendo a una auténtica necesidad de tomar conciencia y posición frente al propio destino. La conciencia histórica no es algo que se circunscriba a conocer el pasado con gala de erudición, sino que arranca con las preguntas acuciantes que nos hace el presente y, a partir de ellas, procura develar la trama profunda de la memoria histórica.

El segundo acierto que debe señalarse es la selección de la obra. Tal vez *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* sea —tanto por su contenido como por el método con el que fue elaborada— la mejor pieza para suscitar discusiones pertinentes sobre problemáticas actuales de nuestra realidad continental y para valorar los aportes que desde aquí se han hecho al pensamiento. En muchas ocasiones nos revelamos incapaces de reconocer, en medio de la diversidad de las experiencias particulares de cada país, y sin duda por un acentuado espíritu parroquial, los hilos comunes que tejen la historia continental. José Luis Romero propone una poderosa síntesis —no un resumen— que funciona como mirada de conjunto sobre las realidades históricas del continente y, como tal, es también una propuesta de estudio, que de ser seguida con rigor, proporcionaría un horizonte inteligible a los aportes sobre problemas particulares.

A decir de Sergio Bagú, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* constituía un tercer vuelco vocacional en la vida intelectual de José Luis Romero. Cuando llegó a tener la temática latinoamericana como preocupación dominante, lo hizo desde dos convicciones: “una, la de que se mantenía en las grandes líneas interpretativas de la historia social; otra, la de que América Latina era, al fin y al cabo, su propia residencia en la tierra, su raíz y su horizonte inmediato”.² Por eso, esta obra evidencia la apropiación de un método que Romero había afinado mientras se ocupaba de la historia europea y que le permitió, con propiedad, ubicar el proceso histórico latinoamericano en el marco del cambio social que venía dándose en Europa desde el siglo XI, cuyo actor principal era la burguesía y las ciudades el escenario fundamental para su desarrollo. En Europa y, por extensión, en América Latina —proyección del mundo europeo, mercantil y burgués— el papel de los centros urbanos fue fundamental como nucleadores del poder y puntas de lanza del proceso cultural y económico.

Por esta razón, el libro en su conjunto está cruzado por la intención de ilustrar acerca del papel que las ciudades cumplieron en el proceso histórico latinoamericano. Dicha intención recoge a su vez el imperativo de captar el “hilo conductor” que guía el proceso

2 Sergio Bagú. “José Luis Romero: evocación y evaluación” En: *De historia e historiadores. Homenaje a José Luis Romero*. México, Siglo XXI, 1982. p. 31.

histórico de la sociedad latinoamericana en general. A juicio del autor, destejér la historia de las ciudades y lo que ellas crearon, es el camino más expedito para dar cuenta de la sociedad en su conjunto. Basado en este criterio, Romero hace explícito lo que el libro puede ofrecer: "Este estudio se propone establecer y ordenar el proceso de la historia social y cultural de las ciudades latinoamericanas; y a esta historia puede pedírsele mucho más, precisamente porque es la que articula los hechos y descubre su trama profunda. Acaso en esa trama profunda estén las claves para la comprensión de las sociedades urbanas e, indirectamente, de la sociedad global" (p. xxii).

Así es, pues, que la selección de esta clave explicativa se anuda al mismo proceso histórico. En el proyecto hispánico de conquista, la ciudad cumplía un papel trascendental, en oposición al lugar que a ella le asignaban el mundo y las culturas indígenas, cuya tradición era predominantemente rural.³ Las ciudades eran el instrumento para cumplir el designio fundamental de la conquista: construir en un territorio vacío una nueva Europa. Aquí la mentalidad conquistadora operó con criterios claros: se llegaba a un nuevo mundo –todo naturaleza, vacío social y culturalmente insignificante– con la firme convicción

de ser los poseedores incuestionables de la verdad. Dicha convicción ayudó a instrumentalizar el nuevo escenario y a sus pobladores con miras a la consecución de los fines del pueblo conquistador. Cuando la realidad de un mundo poseedor de culturas importantes apareció ante los ojos de los europeos, éstos la negaron o la destruyeron, para poder continuar con el proyecto casi delirante de "fundar sobre la nada".

Los procesos de fundación de las ciudades perseguían la creación de una sociedad compacta, homogénea y militante, que tenía como tarea darle forma a la realidad circundante de acuerdo al modelo preestablecido y sobre todo, impedir que esta nueva realidad llegara a tener un desarrollo autónomo y espontáneo. Las metrópolis –Portugal en menor medida que España– habían ideado el proyecto de crear sobre la traza vacía un imperio colonial, conformado por una bien diseñada red de ciudades, en el que se reconociera el conquistador, con su religión, su idioma y con el dominio absoluto sobre la sociedad y la economía.

Pero este designio pronto chocó con obstáculos que hacían irrealizable el proyecto. En el curso de los acontecimientos, las ciudades profesaron con variados acentos el papel que les había

3 No olvida el autor la importancia de ciudades como Tenochitlan y Cuzco, pero insiste en que la vida y la cultura se estructuraban fundamentalmente en los campos y aldeas rurales.

asignado el proyecto original, pero se distanciaron poco a poco al verse obligadas a dar respuesta a las necesidades concretas de una ciudad real –pobre, pequeña y plena de riesgos e incertidumbres–, en la que se escenificaba la vida de una sociedad también concreta, compuesta de españoles, criollos, indios, mestizos, zambos, mulatos y negros, que si bien respondía a un claro orden jerárquico no podía sustraerse a los azares de la movilidad social. Estas ciudades reales, con sus miembros y sus diversas circunstancias socioeconómicas, se vieron obligadas a construirse una imagen propia y, con ello, llenaron de un nuevo contenido las ideologías que se tejían en sus ámbitos.

Dichas ideologías se fueron multiplicando. A lo largo de todo el proceso histórico estas ideas elaboradas desde las ciudades reales fueron hallando su propio curso, y sin desconocer los impactos exteriores –provinieran de las metrópolis, del mundo mercantilista y burgués o de las grandes corrientes de pensamiento europeo– comenzaron a tomar cierta autonomía y a dar respuestas concretas a problemas y situaciones que no habían sido previstos en el acto fundacional. Cada ciudad iba distanciándose poco a poco de la mentalidad colonizadora y en el acto iba tomando otra forma el cuadro del imperio –homogéneo en el papel–, a partir del cual se perfilaba la fisonomía de un ordenamiento inédito.

La dinámica alentada por la extensión del modelo mercantil y burgués de la sociedad occidental, fue elemento determinante en el ajuste del modelo hispánico. Las “ciudades criollas” constituían un replanteamiento tanto de la mentalidad hidalga –hija de la hispanidad, desde la cual se veía el mundo radicalmente dividido entre quienes eran portadores legítimos de derechos y aquellos que no– como de los marcos que ordenaron las relaciones con la metrópoli.

Las burguesías criollas se desarrollaron en una sociedad que, genéricamente, se podía dividir entre quienes se aferraban al ordenamiento de la sociedad barroca y aquellos que, apelando a la movilidad que mostraba el mercado, se habían entregado casi con embriaguez a la carrera por el enriquecimiento y el ascenso social. Dicha burguesía aceptó el desafío de producir un cambio significativo en la estructura del área que controlaban las ciudades. Para lo cual, subordinaron moderadamente sus intereses a los intereses comunes; se asociaron con las élites creadas por el ascenso de los grupos rurales, asumiendo la misión de darle un proyecto político y una orientación al conjunto de la sociedad. Así, a pesar de que se mezclaban de manera un tanto confusa los intereses comunes y los privados, se delineó una especie de destino nacional, a cuya cabeza se encontraba un nuevo patriciado urbano.

Este patriado, heterogéneo en su composición, luego de sacar adelante el equívoco proyecto de independencia, se vio compelido a imaginar y poner en funcionamiento una política. En el cumplimiento de esta tarea, se dejaron ver las fisuras de los proyectos nacionales y éstas fisuras develaron la heterogeneidad de las élites. Sus componentes postularon diversas ideologías—unas liberales y otras románticas— desde las cuales se hicieron interpretaciones y se plantearon políticas para la nueva sociedad, tanto en el plano de la economía como de la política. El siglo XIX, determinante para la configuración de cada nacionalidad, con su mercado y su Estado, dejó magníficas pruebas de un arduo debate que quizá aún no se ha resuelto.

Ya casi entrado el siglo XX, la sociedad latinoamericana se encontraba en una dinámica en la que se combinaban, en niveles variables, los impulsos al desarrollo autónomo de rasgos culturales y políticos, con las incidencias de desarrollos heterónomos que provenían de la avanzada de la sociedad industrial. Este último, cuyo ritmo era impuesto desde los centros de desarrollo capitalista, propendía por la plena inclusión de las nuevas áreas al mercado bajo una lógica cada vez más imperialista, ante la cual, las burguesías nacionales adscribían los postulados del progreso y controlaban con diversos ejercicios de poder, las contradicciones emergidas en el desarrollo de los procesos de acumulación.

Hacia la tercera década del siglo XX y en un proceso que aún no ha concluido, la sociedad latinoamericana comenzó a masificarse. Este hecho comportaba múltiples cambios en la fisonomía de las ciudades, en la ideología que caracterizaba a las burguesías y en la lógica con la que se ordenaba la estratificación. El cambio era en el número de los pobladores, pero con ello se modificaba toda la ciudad. Al lado de la urbe planificada, empezó a emerger una aglomeración espontánea y desordenada. Igualmente, al lado de la población integrada y normalizada—el ciudadano de siempre, que descifraba con facilidad los códigos de la ciudad— tomó forma una masa que llegaba en montonera y sin instrucción, para la cual no había sido pensada la ciudad. Ese cambio de número abrió paso a una etapa de importantes transformaciones en la estructura urbanística de las ciudades, en el orden social, económico y cultural, así como en el curso de la vida política. Esta es la época en la que se debe dar respuesta a problemas técnicos de planificación urbana—ensanchamiento de vías, dotación de infraestructura de prestación de servicios básicos—, se deben atender las demandas de las masas no integradas y se deben controlar los peligros que comporta la aglomeración urbana. En unos países, el populismo fue la respuesta política a la nueva situación, en otros, éste no tuvo su curso y la respuesta fue incierta.

Libros

Todos estos elementos proponen una periodización rigurosamente fundamentada para enfrentarse con temas—clásicos en las preocupaciones de Romero—como la ciudad, las mentalidades y el lugar de América Latina en el contexto del orden capitalista y burgués.

En el espacio de esta reseña quise, pues, resaltar—obligatoriamente de modo sumario—algunos elementos centrales de esta obra, frente a la cual lo mejor que

se puede hacer es invitar a una lectura cuidadosa de esta nueva edición a cargo de la Editorial Universidad de Antioquia. Sean las anteriores líneas el contenido de esta invitación.

Juan Carlos Arenas Gómez
Investigador del Instituto de Estudios
Políticos, Universidad de Antioquia

Mario Vélez
Todo de uno habla

Mario Vélez nace en Medellín en 1968. Aunque termina sus primeros estudios de Arte en la Universidad Nacional, su participación en el medio artístico local no le ofrece el suficiente respaldo para que la obra de este artista sea admitida en su verdadera dimensión pictórica.

Es a partir de la realización de sus estudios de post-grado en Alemania con el profesor K.H. Hödcke, cuando Mario Vélez adquiere un reconocimiento internacional que le exige un compromiso cada vez más intenso con el panorama artístico.

Su proceso plástico parte del riguroso estudio sobre la caligrafía, vista como una cifra que se imprime y abstrae ese profundo universo individual que constituye una totalidad creadora, cargada de una subjetividad personal, donde el alma se expresa con toda libertad, mediante signos que dan cuenta de su aproximación a la vida y a la muerte, evocando el propio fundamento del existir. La naturaleza de su dibujo ha experimentado cambios de acuerdo con las concepciones de su mundo interior: una serie de movimientos, cuyas líneas revelan una estructura interna, que aparecen como formas cortadas por el tiempo, en perpetua comunicación y mutua interpretación, sin fundirse jamás, quedando

sólo unos cuantos datos, una sombra, un gesto de placer o de muerte.

Después de una larga exploración del blanco-negro, la presencia del color surge no para hablar de él, ni para intuirlo, sino para establecerlo como lectura ... del color a la pintura, del código al hombre, en un acto de existencia que rebasa la esfera particular del simple formalismo compositivo, que va de lo elemental a lo complejo.

Mario Vélez ofrece cada vez una pintura más intensa, más refinada, que se aleja a grandes pasos de la obra de arte como fanatismo intelectual. Su obra debe considerarse en sí misma, en la densidad exclusiva de su trama, en la reflexión de la pintura sobre su propia realidad, que como cuerpos situados frente a frente —hechos de la misma sustancia— despiden una especie de grafismo, que de manera privilegiada se funden, pero no se confunden con una verdad partida en mil pedazos, ni con un gesto histórico determinado. Sin duda, el trabajo plástico de Mario Vélez no cesa de producir nuevos significados; ahí radica su importancia como obra contemporánea.

*María Teresa Cano.
Docente de la Facultad de Artes,
Universidad de Antioquia*